

LA PAZ NO SE DELEGA:

una tarea política, ética y comunitaria



HAY algo que empieza a ser evidente: el mundo se está rearmando y no solo en términos militares. Se está rearmando el lenguaje, la lógica de bloques, la aceptación social de la guerra como algo «inevitable». Y eso es probablemente lo más preocupante, porque, cuando la guerra deja de escandalizar, empieza a normalizarse. No estamos ante conflictos aislados. La guerra actual es sistémica: combina violencia directa, estructural y cultural. No solo matan las bombas. También matan las decisiones económicas, los bloqueos, el hambre utilizada como arma y los relatos que deshumanizan a la otra persona hasta hacerla descartable.

En este contexto, la Doctrina Social de la Iglesia no puede ser un discurso piadoso ni un conjunto de principios abstractos. Es, o debe ser, una herramienta de lec-

tura y de acción para la Iglesia y para todas las personas que forman parte de ella. La DSI parte de una afirmación incómoda: la paz no es neutral. No es simplemente decir «que no haya guerra». La paz, como dice una canción, es fruto de la justicia. Por eso nos obliga a posicionarnos sin rodeos: la neutralidad moral no es una opción cristiana. La imparcialidad evangélica no consiste en equidistancia, sino en tomar partido por las víctimas. Hacerlo tiene consecuencias prácticas en el día a día de las personas cristianas, de los grupos y de las comunidades, y de la misma Iglesia como institución. Hemos de preguntarnos cómo leemos la información, qué discursos legitimamos, qué silencios aceptamos y, especialmente, cómo estamos construyendo (si es que lo estamos haciendo) condiciones para evitar la guerra, contenerla y repararla.

Para una persona creyente en el Dios de Jesús, esta posición exige criterios claros: protección real de la población, respeto al derecho internacional y, sobre todo, el análisis de quién gana con la guerra. Porque, si no se entra en la economía política del conflicto –quién financia, quién vende armas, quién obtiene poder o recursos–, la paz se convierte en un discurso vacío. Es aquí donde se necesita una conexión entre ética y estructuras. No basta con la buena voluntad individual. Sin gobernanza, sin métricas, sin rendición de cuentas, la paz se queda en retórica. Esto abre una cuestión incómoda para la Iglesia y para las personas creyentes: ¿qué estamos haciendo más allá de declaraciones? La respuesta no puede ser solo espiritual ni solo asistencial. Tiene que ser también pública y política, en el sentido más amplio del término.

Si no se entra en la economía política del conflicto –quién financia o quién vende armas–, la paz se convierte en un discurso vacío.

Primero, en el ámbito de la información, no es menor el papel de la desinformación en la normalización de la violencia. La regla es sencilla: no compartir lo que no se puede verificar. Pero tomar esto en serio implica formación, criterio y tiempo. Segundo, en el ámbito económico: revisar consumos, inversiones, alianzas. La DSI insiste en el destino universal de los bienes. Eso hoy obliga a preguntarse por nuestra relación indirecta con dinámicas de guerra. Tercero, en el ámbito comunitario: la paz se construye en red. Aquí el laicado tiene una capacidad específica que pocas veces se aprovecha del todo: capilaridad social, presencia en distintos sectores, posibilidad de tender puentes. Cuarto: la paz no es un proyecto confesional. Si algo muestra el momento actual, es que o se construyen alianzas amplias –con actores sociales, económicos, institucionales, creyentes o no– o no habrá capacidad real de incidencia. La DSI puede aportar principios, criterios y motivaciones, pero necesita dialogar con otros saberes y otras tradiciones. No es diluir la identidad, sino hacerla operativa.

Por eso, el mayor riesgo hoy no es la falta de discurso sobre la paz, sino su irrelevancia práctica. Mucha declaración, poca transformación. Frente a eso, la DSI plantea una exigencia sencilla y radical: organizar la esperanza. Traducirla en procesos, en decisiones, en prioridades. En un contexto donde todo empuja hacia la lógica de la fuerza, apostar por la paz no es ingenuo. Es contracultural. Precisamente por eso, es necesario.

EDUARDO ESCOBÉS ■

TU EXPERIENCIA DIARIA CON DIOS



REZANDOVOY

**PORQUE
REZAR CADA DÍA
ES CRECER POR DENTRO**

www.rezandovoy.org

